

## MAMÁ, JUNKO Y YO

Aquella mudanza era algo parecido a una excursión de supervivencia a la región de Kyoto por las pocas cosas que "mudábamos". Nuestra economía había ido decreciendo cada vez más y teníamos poco que pudiéramos haber salvado de la venta de nuestra antigua casa en Yokohama. Cada una de nosotras llevaba una mochila y una caja de cartón, menos mamá que apenas sí tenía fuerzas suficientes para transportar su mochila en la espalda. Por eso, yo cargaba con la vieja y pesada maleta de un lugar a otro de la estación.

Todo el que nos mirase podía darse cuenta de que Shemebe Kenowe, mi madre, estaba enferma. Su faz tenía la blancura típica de los muertos, estaba muy delgada y caminaba con dificultad. A pesar de todo, era muy guapa y parecía más joven de lo que era. En realidad, a mí me tuvo cuando sólo contaba con diecisiete años, ahora yo tenía esa edad y aún no había llegado a enamorarme.

- Atención, el tren con destino a Kyoto está a punto de hacer su entrada por la vía dos. Rogamos manténganse a distancia.

La información volvió a repetirse una vez más cuando el tren blanco con una raya azul dibujada en los laterales se estacionó en la vía. Junko se asustó, nunca había visto un tren tan cerca. La pobre, cuya caja abultaba más que ella, sólo tenía cinco años y aún no había tenido la oportunidad de viajar en ninguno. Intenté cogerla de la mano, pero mamá se me adelantó con una sonrisa.

- Ya me ocupo yo de ella, Mikki.

Mikki, Mikku Kenowe. Ése era mi nombre. Una de las razones de nuestro cambio de domicilio era una beca que me habían ofrecido en Toho High School. Aunque fuese mi último curso de secundaria aquélla era una oportunidad que no podía rechazar debido a nuestros problemas económicos. Además, aquel instituto ya tenía universidad lo que facilitaba mi entrada en ella. Otra gran razón, que mantenía en secreto, era que había averiguado que mi padre fue entrenador de un equipo de fútbol escolar en aquella ciudad.

Mi padre se llamaba Kira Kozo ya hacía cinco años que no sabíamos nada de él, se marchó después de habernos hecho la vida imposible durante muchos años. Fue un perdedor, y siempre lo sería. Fracásó en el fútbol a causa de una lesión y acabó entregándose a la bebida. Dos meses atrás, recibí una carta suya. Iba dirigida a mamá pero no le dije nada. No había ninguna nota en ella sólo un cheque después, pero el matasellos no provenía de Kyoto sino de un pueblo costero de Osaka. De la existencia de dicha carta sólo yo era conocedora y lo que quería hacer era devolverle aquel maldito sobre con el estúpido cheque a mi padre.

- ¡Mira mamá! ¡El Monte Fuji! - exclamó Junko, poniéndose de pie en el asiento del tren.

- Qué vista tan bonita - susurró ella entrecerrando los ojos, después se dirigió hacia mí y me preguntó:- ¿No te hubiera gustado más venir a vivir a la ciudad de Fuji, Mikki?

Quizá sí, pero la beca provenía de Kyoto...

Lleguemos a nuestro destino al atardecer y pedimos un taxi, lo que no fue fácil pues había demasiadas personas ansiosas de tomar uno.

La casa que se nos había conseguido era de una sola planta, pequeña, con

apenas unos metros de jardín, un poco de césped mal cuidado; lo único que nos podíamos permitir pagar mensualmente. El barrio donde estaba situada también era bastante modesto, todas las casas eran más o menos del mismo estilo, sin embargo, la tranquilidad y la ausencia de peligro que se respiraba en el ambiente valían la pena.

- Es muy pequeña, no hay escaleras - gimoteó Junko escudriñando cada rincón.

- Pero es muy linda - mamá depositó un beso en su mejilla y comenzó a abrir las cajas -. Prepararé la comida, ¿tenéis hambre?

- ¡Sí! - exclamó, saltando, Junko.

Enseguida empezó a dar saltos más grandes, imitando a un conejo. De mientras, yo comencé a deshacer el equipaje y a ordenar el interior de la casa. Después comimos una parte de los alimentos que había llevado todo el camino a mi espalda. Desgraciadamente, hacía mucho tiempo que no recordaba haber quedado satisfecha a la hora de las comidas. Mamá siempre comía poco porque apenas tenía apetito y yo solía dar de mi parte a Junko. Tendíamos a racionar el más mínimo grano de arroz.

- Cuando acabe iré a ver al dueño para pagarle lo que le debemos - le dije mamá entre bocado y bocado.

Normalmente trataba de comer poco a poco, masticando muy despacio para poder saciar el hambre antes.

- Y después me matricularé en el instituto y buscaré una guardería para Junko.

- ¿Por qué no te acuestas un rato antes de hacer nada?

Mamá me hablaba con un semblante triste y preocupado. Si la mirabas fijamente a sus ojos castaños podías ver en ellos un cierto brillo de esperanza, aunque yo ahora sólo veía sufrimiento.

- Ya dormiré por la noche, pero tú sí que deberías echarte un rato.

- No me gustaría, hay tanto que hacer... Pero se me cierran los ojos...

- Acuéstate - le ordené -. Junko me ayudará a recoger la mesa y a lavar los platos. Cuando acabemos nos ducharemos ¿qué te parece, Junko?

- Vale - a Junko le encantaba bañarse y jugar a hacer pompas con el agua.

Asqueada, contemplé aquel malparado y estrecho cuarto de baño. Las baldosas estaban sucias y algunas se habían resquebrajado, por suerte el agua salía caliente y limpia y no había cucarachas en los rincones... No obstante, en cuanto acabamos de bañarnos, lo limpié todo: puerta, suelo, paredes, grifos... Por eso ya era un poco tarde cuando salimos de casa.

El hombre que alquilaba aquella casa no era alguien que se andase por las ramas. Además de gruñón y avaro era un desconfiado total, nos miró a mi hermana y a mí con mala cara al entregarme yo el resto del dinero.

- ¿Sabe de algún sitio donde necesiten empleados? . le pregunté antes de marcharnos.

- Supongo que seréis puntuales para pagar el mes ¿no? - murmuró entonces

rascándose la barbilla sin afeitarse. Calculé que llevaría dos días sin pasarse la maquinilla de afeitarse por la cara...

- ¡Por supuesto que sí! - exclamé en actitud desafiante, antes que nada éramos honradas.

Junko a mi lado no me soltaba de la mano a la cual se aferraba con fuerza. No había duda de que Kanta Hara le infligía miedo, aunque para mí sólo era un viejo cascarrabias que tenía que matar el aburrimiento de alguna manera.

- Allí - señaló con el dedo el final de la calle -, gira a la derecha. Hay muchos establecimientos, en alguno te cogerán.

Estuve a punto de soltarle una patada. ¿De verdad? Pero ¿había establecimientos? Esos edificios con escaparates y carteles atractivos... ¿Existían?

Me despedí educadamente, después de todo era el dueño de nuestra casa y no vivía yo sola en ella...

Mi nuevo instituto era tal y como me lo había imaginado y me alegré de no haberme llevado ninguna otra decepción más. La señora Haruka Noda y su marido eran los que dirigían aquel centro y fueron ellos los que personalmente me ofrecieron la beca. Mrs. Noda me buscó un uniforme de mi talla mientras Mr. Noda oficializaba mi matriculación. Cuando ella regresó la acompañaba otra mujer unos tres dedos más baja, delgada y con el cabello castaño recogido en una estirada cola alta. Vestía un chandal rojo y parecía acalorada.

- Mikku - me dijo Mrs. Noda -, ella es la entrenadora de nuestro equipo de gimnasia. Se llama Mariko Fujita.

Las dos nos saludamos al unísono.

- Tengo ganas de verte practicar junto a mis chicas - sonrió -. Nuestro club es algo regular cualitativamente, pero tenemos jóvenes promesas. ¿Te gustaría verlo?

Miré de reojo a Junko adormecida en un sillón del despacho y rechacé el ofrecimiento. Aún tenía que encontrar una escuela de primaria cerca de casa para ella, así que me despedí.

Estaba contenta. Aunque había llegado con tres días de retraso y, por tanto, las clases ya habían dado comienzo, me habían recibido con los brazos abiertos. Sin embargo, sabía perfectamente que el interés en mí se debía única y exclusivamente a mi supuesto talento nato para la gimnasia rítmica.

Lograr matricular a Junko fue más sencillo. La escuela parecía mucho más una guardería, pero estaba situada justamente dos calles detrás de la nuestra. Se llamaba "El Cerezo Feliz", en el patio crecían varios de ellos y en las paredes había cerezas pintadas. Desde mi punto de vista era el lugar perfecto para una niña como Junko.

Seguidamente dejé a mi hermana en casa para continuar con mi búsqueda de trabajo. Sabía que ella se aburriría y enseguida se quejaría de tener hambre, para ponerse a gimotear un minuto después. El aburrimiento y el hambre eran las dos "enfermedades" que podían transformar a Junko Kenowe en una niña repelente...

Dos horas después se ponía el sol y yo llegaba a casa con tantas ganas de llorar como quilos de rabia.

- Ya encontrarás, además, yo puedo seguir cosiendo ropa.

Pero yo no quería que mamá volviese a pasar noches en vela cosiendo estúpidos harapos y cobrando miserias.

- He conocido a nuestra vecina. Ella dice que puede encontrarme clientes.

- No, mamá, tú debes mantener reposo y el trabajo te haría recaer de nuevo - traté de quitarle aquella tonta idea de la cabeza.

- Pues si viene un cliente no pienso rechazarlo - aseguró ella -. Además, Mikki, me encuentro perfectamente.

Recapacité un momento y decidí dejarla hacer, sin darme cuenta la estaba haciendo parecer una inútil y sabía muy bien que aquello la deprimía...

## EL INICIO SOÑADO

Al día siguiente, llevé a Junko a la "guardería" y yo me dirigí al Instituto Toho con la ilusión de que aquél fuera un día maravilloso.

No me fastidiaba para nada estudiar, el colegio era uno de mis lugares favoritos; no obstante, no estaba acostumbrada a hacer amigos. Normalmente, me resultaba bastante difícil entablar conversación con una persona de mi edad... Por eso, a la hora de comer, me senté sola a la sombra de uno de los árboles del patio observando a mis compañeros de clase, distribuidos en pequeños grupos.

Vi una chica igual de sola que yo apoyada contra la pared de la escuela y sentí el impulso de acercarme a ella. Era bonita, con la piel de porcelana y un brillante cabello azabache recogido en una trenza. Nuestros ojos tropezaron y quizá porque yo le sonreí se acercó hasta donde yo estaba.

- ¡Hola! Tú eres Kenowe, la nueva ¿verdad? - me dijo.

- Sí.

- ¿Está ocupado? - señaló a mi lado.

- No.

Ella se sentó y me explicó que también era nueva en aquel instituto. Se había mudado hacía un mes a la ciudad y vivía con sus tíos porque sus padres no dejaban de viajar de un lado para otro. Tay Brek era su nombre. Sus padres eran coreanos pero ella había nacido en Japón. En un momento de su historia se puso en pie repentinamente y voceó:

- ¡Ekyro, estoy aquí!

Llamaba a una chica que enseguida corrió hacia nosotras. Respiró, exhausta, y sonrió. Los ojos desaparecieron bajo sus largas pestañas al hacerlo.

- Uf - suspiró -, tengo mucho trabajo. ¿No os gustaría apuntaros al club de animadoras del equipo de fútbol? Yo sola no puedo con todo.

Tay negó con la cabeza antes que yo.

- ¿Olvidas que estamos en el último curso? Tenemos los exámenes a la vuelta de la esquina. Claro que a ti te queda todavía un largo año para saber qué son realmente los exámenes.

Ekyro le hizo una mueca.

- Supongo que tu amiga será más inteligente y dispondrá de más tiempo libre - me miró con su sonrisa a flor de labios, esperanzada.

Mas yo también negué con la cabeza.

- Lo siento - dije -. Yo pertenezco ya al club de gimnasia rítmica.

- Bueno - resopló Ekyro -. ¡Ei! No me has dicho tu nombre...

Me presenté y nuevamente volvió a sonreírme. La chica comenzaba a caerme simpática y Tay también.

- Al menos, podríais ayudarme un poquito ahora. Ya habéis acabado de comer ¿no?

Ni Tay ni yo nos hicimos de rogar y la ayudamos a llevar los balones de fútbol al campo. Acababan de ser comprados y tenían un aspecto lustroso, pero a mí me traían malos recuerdos y ni el balón mejor cosido ni brillante podría parecerme bonito... Por esa razón respiré tranquila cuando al fin nos alejábamos de ellos.

En el club de gimnasia Miss Fujita me hizo hacer una demostración con la cinta después del calentamiento de aquella tarde. Toda la clase estaba atenta a mis movimientos, algunas cuchichearon cosa que no merece la pena repetir mientras que otras simulaban admiración. Sabía que observaban una parte de mi cuerpo con atención y sorpresa: mis piernas. Había desarrollado bastante sus músculos y la razón de que estuvieran el doble de potenciados que los de una gimnasta normal era algo que trataba de olvidar. Tal hecho había restado flexibilidad a mi cuerpo y recuperarla nuevamente me costó bastante. Pensaba que con el paso del tiempo el músculo adoptaría la forma de cualquiera de las chicas que me observaban en ese momento; no obstante, me equivocaba. Debía ejercitarlos frecuentemente para mantenerme en forma y eso no les hacía ser menos prominentes... Odiaba aquella parte de mi cuerpo, no parecían piernas de chica...

- Has dado mucha potencia a tus piernas - me felicitó Miss Fujita cuando finalicé el ejercicio -. Jamás había visto unos saltos tan altos y firmes. Un equilibrio estupendo pero - se acercó a mí y me tocó la cintura. Todo no iba a ser alabanzas - deberías ejercitar más la cintura y la espalda. ¿Llevas algún tiempo inactiva?

Respondí que sí: tres meses, durante el verano concretamente. Me fue imposible entrenar, hacía el máximo de horas extras posibles en el trabajo.

Miss Fujita me colocó seguidamente en la barra y estuve durante el resto de la clase estirando cintura, brazos, espalda y piernas. Aspiré con gusto la brisa del atardecer al salir del gimnasio por fin, mas no llegué a sentir el aire dentro de mis pulmones... Frente a mí se hallaba el campo de fútbol, separado del gimnasio por una cortina de árboles y una alta verja de alambre.

El equipo Toho aún continuaba entrenando, los balones iban de un lado a otro, la red de la portería se hinchaba y deshinchaba cada vez que se tragaba alguno y el sudor corría por el rostro de los chicos.

Apreté los puños con fuerza. Me sentía la boca seca y mis glándulas salivares parecían haberse marchitado.

- Hola, Mikki. ¿Ya habéis acabado?

Era la voz de Ekyro que sonaba tras la verja. Le vi la cara.

- ¿Podrías coger ese balón y echármelo? - señaló a mis pies.

¿Un balón? ¿Cómo no lo había visto?

Ekyro repitió su pedido. ¿Cogerlo? Agarré con fuerza la maleta firme contra mi pecho. No, no podía cogerlo. No podía soportar sentir el tacto del cuero en mis manos. Me recordaba a mi padre. Le odiaba. Le odiaba a él y a su maldito fútbol.

Cerré los ojos y cuando volví a abrirlos me encontraba fuera del instituto. Continué corriendo hacia la "guardería" y recogí a Junko. Su cálido cuerpecito y aroma de caramelo de fresa a mi espalda logró que recuperase la serenidad que por un momento se había convertido en histeria.

Aquella tarde volví a intentar buscar trabajo. Acababa de ayudar a mi madre a acostarse, le dolía mucho la espalda. No quería que la viese un médico. La reciente imagen me hacía frustrarme cada vez más cuando escuchaba: "Lo siento, pero no necesitamos a nadie. Tenemos el servicio completo."

Finalmente, regresé a casa agotada y repleta de ira. Era ya casi de noche, no había cenado ni había estudiado; aún así, corrí hacia las afueras, hacia un descampado donde dejé caer lo que llevaba sujeto en mi regazo. Lo dejé caer en el suelo y empecé a golpearlo contra el viejo muro de hormigón una vez tras otra, con los dientes apretados y las uñas clavadas en las palmas de las manos.

"Si él no nos hubiera abandonado..."

Hasta el sonido de los grillos se hacía estridente en mis oídos.

"Él y su maldito fútbol..."

El viento azotaba con fuerza mis largos y negríssimos cabellos. "Córtatelos", me había dicho él con la estúpida pelota en las manos. Y yo los había dejado crecer brillantes y fuertes. ¡Jamás me los cortaría!

Exhausta y sudorosa me deslicé de rodillas hacia el suelo. Las piernas me dolían. Tenía los labios marcados por los dientes y las uñas incrustadas en las palmas. Lo había vuelto a hacer. ¡Él me había obligado a hacer aquello!

Impotente y furiosa machaqué nuevamente la pelota rellena con tierra contra el muro y me eché a llorar. ¡Él tenía la culpa de todo lo que nos estaba pasando!

Al día siguiente, fui a clase soportando el dolor de mis piernas. Me había vendado con firmeza los pies para que no se viese el enrojecimiento de los golpes y algún que otro hematoma; sin embargo, conseguí a mi pesar que Mariko Fujita se alarmase y preocupase.

- Me los vendo bien para no lesionármelos. Me da seguridad.

Quería que se los enseñara y el único remedio que tenía para escapar era

mintiendo...

## DONDE NACE EL DINERO

A mi vuelta a casa volví a probar suerte con el trabajo. Esta vez pensaba que la tendría si iba más lejos de donde solía buscar: al barrio donde se encontraban los night's clubs, las discotecas, los salones de juegos, pubs... Era el barrio moderno de la ciudad que todos los adolescentes y adultos frecuentaban por las noches. Por la tarde las calles estaban medio desiertas y los establecimientos comenzaban a abrir sus puertas.

Me dejé guiar por mi instinto y entré en uno de los café-bares que más me atrajo: "Ketore". La campanilla sonó al abrir y cerrar la puerta y un hombre ya entrad en los cuarenta que limpiaba la barra me observó sorprendido.

- ¿Qué se te ofrece, jovencita? - me preguntó dejando el trapo a un lado.
- Busco trabajo - había dicho esas palabras tantas veces que ahora me salían espontáneamente -. Me llamo Mikku Kenowe y tengo diecisie...
- ¿Diecisiete años? - el hombre se rió divertido -. ¿Y eres capaz de servir tazas y copas sin derramarlas hasta la una de la madrugada?
- Por supuesto que sí - respondí inmediatamente.

- Muchas noches cierro a las dos...

- Me da lo mismo, trabajaré hasta las dos.

El hombre suspiró, aún con ojos divertidos. Tenía un fino bigote negro y el cabello echado hacia atrás y sujeto en una pequeña coleta. Comenzaban a notársele las entradas y la frente tenía así un aspecto de ser más amplia.

- Tendrás que estar en el bar desde las seis de la tarde hasta que cerremos, confío en que harás bien tu trabajo.

Tuve ganas de llorar de alegría. Se llamaba Sei Ketore y era exigente en lo que se refería a la puntualidad y buena presencia. Sin embargo, a mi parecer era un hombre bueno y agradable, el lado opuesto del viejo Kanta Hara.

Empecé a trabajar como camarera aquel mismo día después de llamar a casa y comunicarles la buena noticia. No dudé en que mamá pasaría toda la noche levantada esperando mi regreso, no le gustó que trabajase hasta tan tarde. A mí tampoco, me sentía cansada y tenía hambre, pero me mantenía en pie la idea de que, al menos, llegaría a casa con dinero en los bolsillos.

Y así fue: sentía las monedas todas apretadas junto a algunos billetes en el bolsillo de mi pantalón cuando Sei Ketore cerró su bar a la una y media. No era mucho, pero era dinero. Quiso llevarme hasta mi casa en coche y yo acepté, aunque me bajé unas calles antes de llegar. Quizá fuese el orgullo lo que me hizo pedirle que parara entonces, no quería que viese la casita donde vivíamos.

Vi luz en una de las ventanas y al abrir la puerta me encontré con mamá cosiendo unos vestidos.

- ¿Qué haces? - la regañé -. Ya te dije que no quería que trabajases estropeándote la salud con esos trapos.

- Son kimonos que me han encargado para Navidad - murmuró ella sin detener sus laboriosos dedos -. Me pagarán muy bien por cada uno. Son para las dos hijas de una mujer que me han presentado en el supermercado

- No deberías...

- Quiero acabarlos lo más pronto posible - suspiró y estiró los hombros -. Vete a dormir o serás tú la que estropee su salud, mañana tienes clases.

Le deseé buenas noches y cuando fui a darle un beso dejé caer el dinero que había ganado sobre su falda. Rápidamente me escabullí a mi habitación, ordené la colcha de Junko y me preparé para acostarme. Estaba tan cansada que caí sobre mi almohada a medio desvestir...

Todas las noches, después de plegar, hacía lo mismo. Las propinas algunos días eran mejores que otros y me sentía feliz cuando veía a mamá contar con una sonrisa de agradecimiento en la cara el dinero que dejaba sobre la mesa. Lo guardaba en una cajita de hojalata dando gracias a Dios. Con la imagen de su cara paliducha sonriendo, me dormía sin apenas haber probado bocado de la cena que ella siempre me mantenía caliente. Sin embargo, un mes después, la cajita volvía a estar vacía a causa de la inminente paga del alquiler.

Otra vez a empezar de nuevo...

## CARAS DE MERMELADA

- Ése es el capitán, Kojiro Hyûga, y el que va a su lado se llama Ken Wakashimazu - murmuró Ekyro en mi oído izquierdo -. ¿De veras que hasta ahora no los habías visto ni sabías nada de ellos? ¿Es que nunca pasas por el campo de fútbol? Pero si está al lado del gimnasio...

Volví a negar con la cabeza y bostecé. Ekyro se despidió de Tay y de mí y corrió hacia su clase, la cabeza de su profesor asomaba por la escalera mientras que el nuestro llevaba ya cinco minutos de retraso.

Tay no apartaba la vista de aquellos dos chicos. Estábamos en el mismo curso, pero íbamos a clases diferentes y, sí, era la primera vez que los veía aunque... Aunque juraría haber visto antes la cara del tal Kojiro...

"Imposible", pensé, reprimiendo un nuevo bostezo.

- ¿Estudias por las noches? - me preguntó Tay en ese mismo instante -. No es bueno saltarse las horas de sueño, sobre todo tú que haces deporte.

Le dejé que siguiese creyendo aquello, que me quedaba hasta tarde estudiando. Que creyese que llevaba una vida normal, como si fuera un estudiante normal que tenía una familia normal. También había perdido dos kilos y Tay también me lo había notado. La dejé con la idea de que la profesora de gimnasia me había obligado a hacer régimen.

- En primavera tenéis un torneo ¿verdad? - asentí con la cabeza -. Iremos a verte. Seremos tus animadoras. Aunque, pensándolo bien - Tay arrugó el entrecejo y torció los labios chasqueando la lengua -, también en primavera el club de fútbol participa en el torneo local para escoger al equipo que



representará a Kyoto en el campeonato de mayo. Y creo que es el mismo día... Vaya coincidencia ¿no?

Se rió y yo bostecé. "Sí, una gran coincidencia..."

Observé por segunda vez a aquel chico. Era alto, muy moreno, muy atlético, muy fuerte. De espalda recia y piernas largas. El cabello, negro como el ala de un cuervo, lo tenía algo largo pero brillante, no estaba descuidado. La mirada decidida y agresiva de sus ojos oscuros me recordaba a la suya. Tenía aspecto de alma indómita y salvaje: como un tigre.

"Tienes que ser como un tigre, Mikki. No debes dejar que nadie te pise..."

Sacudí enérgicamente la cabeza. Era como si estuviera destinada a escuchar siempre su voz taladrándome el cráneo y que mi mente se obstinaba en no olvidar aunque ya hubiesen transcurrido más de cinco años. Pero, ¿por qué aquellos recuerdos emergían en mi cabeza en ese preciso momento? ¿Acaso inconscientemente relacionaba a Kojiro con mi padre? No podía existir ninguna relación... Aunque... ¿Por qué su cara me sonaba tanto?

En ese momento llegaban nuestros profesores charlando calurosamente sobre los exámenes.

- Yo tengo ya miedo ¿tú no? - me susurró Tay entrando en clase.

No supe qué debía contestarle. Sí. No. Ni sí, ni no, sencillamente me había olvidado por completo de los exámenes, cosa que antes nunca me había sucedido. Siempre solía prepararme con bastante antelación y desde inicios del curso que ni siquiera había podido dar un repaso a mis apuntes. El sueño siempre me vencía cuando quería ponerme a estudiar una noche, después la siguiente y así sucesivamente hasta hoy... Aunque, al menos, la cajita de hojalata volvía a estar llena.

Me sentía satisfecha cuando iba a recoger a Junko a "El Cerezo". De camino a casa me pedía que le comprase caramelos, chocolate o galletas. Los ojillos se le iluminaban saboreando los dulces en los que yo gastaba las monedas de las propinas de la noche anterior y que guardaba en los bolsillos de mi chaqueta para tales ocasiones.

Una de aquellas tardes le compré dos bollitos de mermelada recién sacados del horno para ella sola. A la salida de la pastelería nos encontramos con un niño llorando desconsoladamente porque su bollito se había estampado en el suelo después de escurrírsele la mermelada de fresa por la camiseta. A su lado, un muchacho que debía de ser su hermano trataba de apagar su llantina.

- ¡Quiero mi bollito! - gritaba el niño entre lágrima y lágrima.

- No puedo comprarte otro, ya no tengo más dinero - le decía su hermano, pero el gimoteo del niño cada vez era más fuerte.

- ¡No he podido darle ni un bocado!

Me dio pena, así que me acerqué a él.

- No llores más, los niños grandes no lloran - dije con suavidad, arrodillándome a su lado.

Con mi pañuelo traté de limpiarle la camiseta.

- Mi hermano mayor me regañará cuando se entere - sollozó restregándose

la manga por la nariz.

- No lo hará - dije yo -. Toma, te regalo mi bollito. Así no tendrás que decirle nada a tu hermano.

Junko me miró ceñuda. "Ese bollito es mío", me decía con la mirada. Pero no le hice caso y se lo entregué a aquel niño cuyos ojos brillaron de agradecimiento y felicidad.

- Gracias - me susurró dándole un enorme mordisco.

- Muchas gracias, señorita - me deseó su hermano inclinándose repetidas veces.

- Ten cuidado, no se te vaya a caer ahora - le aconsejé.

De regreso a casa tuve que cargar con Junko a mi espalda. Cuando mi hermana se enfadaba no le daba la gana andar...

Aquella noche, al finalizar mi jornada en "Ketore", volví a hallar a mamá con la luz encendida y la vista inclinada sobre el kimono que cosía. Estaba a punto de acabarlos y eso significaba que muy pronto tendríamos más dinero en la caja de hojalata.

Estaba enfrascada bordando el nombre de las niñas, quería que le quedase como una obra de arte. Pero, aquellos dos trajes eran más que una obra de arte: eran trajes divinos hechos con seda de ángeles e hilo de plata.

- Me gustaría coser tan bien como tú - murmuré observándola por encima de su hombro.

Ella me sonrió con dulzura y continuó con su labor. Percibí el aroma tan característico de Shemebe Kenowe: el olor a cocina, a pollo frito, arroz y caldo. Hacía mucho que no utilizaba perfume, su preferido era la colonia de jazmín. No quería gastar el dinero en cosas inútiles; sin embargo, para mí, gastar el dinero que ganaba por las noches en un bote de perfume no me parecía algo inútil, sobre todo si era para Shemebe Kenowe. Había decidido comprarle uno para Navidad, el más grande de la perfumería. A Junko le regalaría una muñeca como las que tenían sus compañeras de clase, así podría dejar de sentirse diferente al resto de las niñas...

- Tengo mucho que agradecerle a nuestra vecina - comentó cortando el hilo y admirando el resultado -. Si no hubiera sido por ella jamás me habría enterado que Mrs. Kobayashi necesitaba una modista.

Dobló con sumo cuidado los dos kimonos y guardó su material de costurera.

- ¿Quién es? - pregunté.

Desgraciadamente, aún no conocía a ninguno de nuestros vecinos.

- Es una mujer viuda con cuatro hijos. Se llama Noriko Hyuga y es digna de admiración. Su marido cayó enfermo hace ocho años y murió, también han pasado por los mismos problemas económicos que nosotras.

Se levantó para ir a la cocina, yo enseguida me abalancé sobre ella y le pedí que fuera a acostarse. Su semblante enfermizo y su cuerpo delgado no habían experimentado todavía ningún cambio para mejor, lo que me preocupaba pues ahora teníamos comida suficiente y podíamos permitirnos comprar los medicamentos que ella solía tomar desde el nacimiento de Junko.

- Ya me prepararé yo algo - le insistí.

Cuando por fin se metió en su cuarto saqué los libros y apuntes de clase y, mientras mordisqueaba una manzana, empecé a estudiar, aunque apenas duré una hora...

## RECUERDOS DE UN BALÓN

Los entrenamientos del club de gimnasia se interrumpieron una semana antes de los exámenes, días durante los cuales pasaba largas horas en la biblioteca del instituto junto a Tay, tratando de concentrarme en la diminuta letra de los libros de texto. No obstante, los últimos días de la semana Tay decidió seguir estudiando en su casa.

Verme sin su cara a mi lado, susurrándome algunos consejos de estudio, haciéndome preguntas y corrigiéndonos mutuamente, me desconcertaba y me ponía nerviosa, por eso yo también decidí dejar de ir a la biblioteca.

El último día que estuve en la biblioteca decidí pasar por el gimnasio y un impulso me hizo entrar. Estaba completamente desierto. Cerré la puerta tras de mí y me metí en los vestuarios para desvestirme y ponerme mi maillot. Cogí una de las cuerdas que colgaban de la pared y salí a la pista a practicar. Me daba miedo encender el radiocassette porque no quería que nadie me descubriera, así que ensayé los movimientos en total silencio. Los repetí una y otra vez hasta que me puse a sudar, pero continué. Finalmente, me dejé caer en el suelo de cara al techo. Cerré los ojos, tratando de recuperar el ritmo cardíaco.

"Sigue practicando. Quiero que crezcas fuerte como un tigre."

"Estoy cansada, papá."

"Aún tienes que seguir durante una hora, Mikki."

"Me duele y tengo hambre..."

"Yo también sufrí a tu edad, pero tienes que ser fuerte. ¡Continúa!"

Tenía los músculos entumecidos y me daban rampas repetidas veces. Me mordía la lengua para no llorar. Él detestaba que llorase. Tenía muy pocos amigos porque él no quería que los tuviese.

"Cuando acabes las clases debes venir directamente para casa. Si dejas de entrenar me enfadaré muchísimo."

Varias noches me dormía llorando. Poco a poco los pocos amigos que tenía se fueron alejando de mí, mejor dicho, yo me alejé de ellos, pero me acostumbré a estar sola. Me acostumbré a no ir al cine, ni a la piscina, ni a patinar como hacían mis compañeros. Observaba los grupos de niños y niñas con envidia durante la hora del recreo. Siempre estaban riendo y jugando, siempre se divertían... Yo nunca me atreví a pedirles que me dejaran jugar con ellos. Sabía que murmuraban sobre mí, alguna vez los escuché. Decían que era muy rara. Papá me hizo ser una niña rara, diferente a los demás.

Nunca le confíé a mamá cómo me sentía. Ella era la que me daba los masajes

en las piernas todas las noches. Después, cuando cerraba la puerta de mi habitación deseándome felices sueños me hundía en un mar de lágrimas. Quería irme, marcharme de aquel círculo que me hacía tan desgraciada, pero sentía mucho miedo. Temía a mi padre.

Algunas veces le oí discutir con mamá. Mamá era una mujer de débil de carácter, demasiado sumisa. Aceptaba sus gritos sin reprocharle nada. Sabía que aún continuaba queriéndole a pesar de todo. Un amor enfermizo. Yo, en cambio, ya no le quería, ahora tampoco le tenía miedo. Le odiaba por todo lo que nos había hecho...

Como si hubiese estado durmiendo salí del gimnasio con la cabeza algo desordenada y la vista medio nublada. Corrí presurosa hacia casa. Me notaba los ojos humedecidos. Revivir el pasado era como destapar la bañera y dejar correr el agua sucia.

Una pelota de fútbol fue a dar a mis pies.

- ¿Me la pasas? - dijo alguien frente a mí.

Al levantar la vista del balón me encontré cara a cara con Kojiro. Llevaba un paquete de periódicos enrollados bajo el brazo y parecía tener prisa. No lo pensé dos veces y se lo pasé con un suave golpe de zapato.

- Gracias - me sonrió inclinando la cabeza y continuó su camino.

No era la misma persona que solía ver por los pasillos del instituto. Me giré para darle un último vistazo y concluir mi hipótesis. Era la primera vez que lo había visto sonreír y me había parecido un chico simpático, tan diferente al chico rudo y agresivo con quien me cruzaba en Toho.

Recordando el suave toque que le había dado a la pelota me asaltó una extraña sensación. Nunca. Nunca había tratado un balón de fútbol tan suavemente, sin sentir la rabia y el rencor carcomiéndome las arterias y quemándome los pulmones.

Pero... Yo odiaba el fútbol... ¿No?

Levanté la vista hacia el cielo. Las nubes como flores de cerezo que flotaban en el mar eran arrastradas por la brisa hacia el infinito. Nadie me respondió y yo seguí mi camino, esta vez con una rara sonrisa en los labios.

Pero, yo lo odiaba ¿no?

## SUSURROS DE INVIERNO

A medida que los días iban avanzando, el viento cada vez se hacía más frío y los rayos de sol más débiles. Aquello era augurio de que pronto empezaría las nevadas, lo que no me gustaba nada. En casa no teníamos calefacción, sólo una vieja estufa que encontramos en un hondo y polvoriento rincón de la casa y que, quizá, ni siquiera funcionaba. Ropa de invierno sí teníamos, pero era la misma que utilizábamos desde hacía dos años. A Junko ya se le había quedado pequeña y a mí también.

Mamá había cobrado los dos vestidos hacía una semana y con ellos habíamos pagado a Kanta Hara, por tanto, nos quedaba sólo el contenido de la caja de hojalata. Afortunadamente, Sei Ketore no cerraría el bar por vacaciones por lo

que podría continuar ganando dinero...

- Este sábado iremos a comprar algo de ropa - decidió mamá cuando yo le comenté que a Junko ya casi no le entraba el jersey por la cabeza.

- A mí no me hace falta - dije, haciendo cuentas mentalmente -. Yo puedo arreglarme con tus jerseys.

- No seas tan ahorrativa, Mikki - mamá me guiñó un ojo -. Necesitas ropa nueva y lo sabes. Además, quiero que te sientas tan guapa como las chicas de tu clase y con mis jerseys dudo que te encuentres más joven que yo - se rió.

Sinceramente, la idea me atraía. Hacía mucho tiempo que no iba a una tienda a probarme y comprar ropa. Las conversaciones de muchas chicas en el instituto giraban siempre alrededor de la moda, cosa que yo apenas mencionaba, pero de la que estaba bastante al tanto. Necesitaba camisas, faldas, pantalones y ropa interior. Y me hacía mucha ilusión comprarme un pintalabios.

Además, los exámenes ya habían finalizado y sólo cabía esperar los resultados. Por fin podía dormir sin el temor a levantarme tarde, satisfecha aún sin saber las notas. Y ¿qué mejor modo para celebrarlo que introduciéndome en unos grandes almacenes y dar rienda suelta a mis sentimientos más escondidos: la avaricia y la "gula" por comprar?

- Ese vestido rojo, mamá, ése - gritaba Junko, arrastrándola de la mano por los pasillos de la planta de moda.

- Mira esta falda, está de rebajas - grité yo a la vez -. Necesitaría unas medias.

Movía los ojos con rapidez, queriendo mirarlo todo y que no se me escapara ningún traje de mi gusto. Había tantas cosas que me gustaban que me hubiera gustado empezar a llenar mi regazo de perchas y perchas sin preocuparme por el precio, pero... A mi alrededor veía a chicas de mi edad con varias prendas en las manos, vestían a la moda. Yo jamás había podido vestir a la moda.

"Los vestidos y los lazos son para niñas tontas y mimadas. Tú no eres así. Los vestidos no son para ti."

Pero yo quería llevar vestidos adornados con bordados y lazos en el pelo...

Cuando estuvimos de regreso en casa vaciemos el contenido de las bolsas sobre la mesa del comedor. Un jersey en color marfil y una falda plisada marrón para mí y un vestido azul oscuro para Junko. Las dos nos mirábamos con expresión taciturna. No era lo que más nos había gustado, pero sí lo más barato.

Lo peor vino cuando después de aquella salida mamá se puso enferma y pasó tres días en cama. No pude dejar de pensar que había sido culpa nuestra, de Junko y mía, pero principalmente mía. Si no hubiera sacado el tema de la ropa...

Esos días no fui ni a trabajar ni al instituto. Ya estaba acostumbrada a hacer de ama de la casa pues mamá enfermaba con mucha frecuencia desde que dio a luz a Junko. Me sabía de memoria cuáles eran mis funciones: la de "mamá" para Junko, la de "enfermera" para mamá y la de "ama" en todo lo referente a la vida cotidiana en nuestra casita.

Al tercer día de cuarentena mamá recibió la visita de Mrs. Noriko Hyuga, una mujer amable y educada en cuyos ojos y tempranas arrugas aún podían verse

secuelas de un largo y tormentoso sufrimiento.

- Perdona que te reciba de este modo, pero he estado unos días resfriada - se había excusado mamá, ofreciéndole un asiento en la mesa del comedor.

Mamá llevaba su bata celeste, la que le regaló papá un año antes de abandonarnos para su cumpleaños, y el cabello lacio y negro en un ensortijado moño a la altura de la nuca. Después de que me presentara a su amiga fui a la cocina a calentar agua para prepararles un té. Hasta allí llegaba su conversación, la cual escuchaba con curiosidad.

- Es una muchacha muy trabajadora - observó la visita -. Me gustaría que Kaede fuese igual a su edad.

- Pero si ya lo es. Tienes unos hijos que valen más que el oro, sobre todo el mayor.

Dejé la tetera y las tazas sobre la mesa y me dirigí hacia mi habitación en busca de mi abrigo. Junko me estaría esperando impaciente en "El Cerezo Feliz". Le había prometido que compraríamos castañas asadas.

- No quiero que trabaje tanto y sacrifique lo que en realidad le gusta.

- A tu Kojiro le pasa lo mismo que a mi hija - deliberó mamá -. Son demasiado tercos, por más que les digas...

Cerré la puerta en ese preciso instante. ¿Había oído bien? El aire helado de fuera me provocó un escalofrío y me aferré con fuerza a mi abrigo.

Sí, había dicho Kojiro. Kojiro Hyuga, el capitán del equipo de fútbol del Toho, el repartidor de periódicos, el mayor de cuatro hermanos sin padre...

- Kojiro Hyuga - murmuré.

Dos palabras al viento, dos hojas de álamo que subían hacia las nubes.

## EMBRUJO

Las clases finalizaron en un día de aguanieve, aunque el cielo gris oscuro no consiguió que la alegría de todos los alumnos del Toho disminuyera. Tanto Tay como yo habíamos superado con éxito los primeros exámenes del curso y nos esperaban impacientes espléndidos días de tranquilidad, donde los libros no volverían a abrirse hasta pasadas las Navidades.

- Estas fiestas mi madre y yo viajaremos a Corea - me explicó Tay -. Estoy deseando volver a ver a mis abuelos. ¿Y tú? ¿Qué harás?

- Nos quedaremos aquí...

¿A qué otro sitio podríamos ir? No disponíamos de dinero suficiente para viajar y tampoco éramos una familia numerosa...

- ¡Voy a esquiar! - exclamó en ese momento Ekyro contentísima, corriendo hacia nosotras -. Mis padres me prometieron ese viaje si aprobaba - nos enseñó sus notas, que eran más regulares que buenas.

¿Y yo? ¿Qué haría yo estas Navidades? ¿Me esperaba algo más interesante y emocionante que ir a trabajar todas las tardes a "Ketore"?

- Me levantaré por las mañanas temprano para ir a correr - le comenté a mamá después de haberle hablado de cómo pasarían Tay y Ekyro sus fiestas.

- Lo que deberías hacer por las mañanas - añadió presurosa ella en tono grave - es dormir largo y tendido. Me preocupa ver que pierdes horas de sueño, con una enferma en casa ya es suficiente.

- El ejercicio es sano, mamá - objeté yo -. Y ya sabes que a mí no me gusta estar tanto tiempo en la cama como a Junko.

Mi hermana me tiró el cojín en el que estaba sentada a la cara y yo se lo devolví. Empecemos una divertida riña por los suelos del comedor que sirvió para calentarnos la sangre, pues la vieja estufa poco era capaz ya de desprender el suficiente calor como para mantenernos a las tres abrigadas y cómodas.

Todas las mañanas, tal y como me había propuesto, me levantaba para correr una hora más o menos. El bosque que rodeaba el Templo Ikawa era mi preferido: tan solitario, tan tranquilo... Allí podía hacer incluso mis ejercicios de flexibilidad y, alguna que otra vez, cuando me aseguraba que sí estaba completamente sola, ensayaba nuevos movimientos con los elementos de la gimnasia. El bambú y los abedules eran los únicos que me observaban expectantes... Sin embargo, al cuarto día de ir por aquellos alrededores, descubrí que no estaba realmente sola...

Mi mayor sorpresa fue divisar la silueta de un chico entrenando con una pelota de fútbol. Escondida entre los abedules ya casi desnudos, puse atención en cada uno de sus movimientos. Eran perfectos y su dominio del cuero era todo un espectáculo digno de ver, atraían la atención de cualquiera. Me recordó a papá en sus mejores tiempos, cuando aún no bebía; aunque... quizás el juego de aquel chico resultase mucho más profesional, más limpio; más elegante. Papá se enfrentaba a sus adversarios con agresividad, con fuego en la mirada. No tenía miedo a nada, era demasiado impetuoso y por eso una lesión fue su perdición. Pero, aún así, quiso inculcarme a mí, con mano de hierro, su manera de ver la vida

"Tienes que ser como un tigre..."

Pero yo jamás sería como...

- ¡Tsubasa! - una chica apareció entre los árboles -. El resto del equipo te está esperando en el campo desde hace un rato.

- Vaya - dijo el chico -, se me había olvidado por completo.

El llamado Tsubasa paró el balón en seco y lo cogió con las manos.

- Me lo había imaginado - la chica se puso en jarras y suspiró. ¿Qué harías sin mí, capitán Tsubasa?

Se acercó a él y le quitó la pelota de las manos. Tsubasa sonrió.

- Tienes razón. ¿Qué haría yo sin ti, Sanae? - volvieron sonreírse de un modo especial...

Acababa de ver una escena que siempre me había dado mucha envidia... Yo no sabía lo que era querer a una persona, nunca tuve la oportunidad de averiguarlo porque casi nunca me fijaba en los chicos. Todos ellos me traían a la memoria a mi padre...

Pero... Un momento... ¿Había dicho capitán Tsubasa? Ya lo había oído antes nombrar... Y si la memoria no me fallaba se trataba de Tsubasa Ozora, el capitán del equipo de fútbol Nankatsu de la ciudad de Fujisawa, que había ganado dos veces consecutivas el Campeonato Juvenil y que tres años atrás derrotó al equipo que entrenaba mi padre en aquel entonces. ¿Qué estaría haciendo el Nankatsu en Kyoto? ¿Jugar algún partido amistoso con algún equipo de la región? ¿Con el Toho tal vez?

No...

Repentinamente sentí un misterioso impulso que me lanzaba contra el mismo lugar donde había estado entrenando Tsubasa Ozora. Me dejé conducir e, inexplicablemente, me hallé haciendo sus mismos movimientos con mi pelota roja de gimnasia.

"No debes tocarla con las manos, recuérdalo."

"El balón debe obedecer tus órdenes, Mikki. Tú eres su dueña, por tanto, tiene que hacer lo que tú quieres. ¡Mal, muy mal, Mikki! Cada vez que el balón caiga al suelo te haré practicar cinco minutos más."

"Y si te quejas ¡también!", añadía rápidamente cuando veía que ponía cara de agobio. Entonces tenía siete años y aún me quedaban cuatro más de auténtica vida carcelaria. No me dejó vivir...

La pelota roja fue a para al suelo terroso del bosque varias veces seguidas. Me resultaba casi imposible, yo no era Tsubasa Ozora. A mí no me gustaba el deporte que amaban tanto él y Kojiro Hyuga. No obstante, probé una vez tras otra hasta que finalmente logré mantener la pelota en movimiento sin tener que tocarla con las manos.

En ese mismo instante los recuerdos afloraron en mi mente brutalmente, al igual que un puñetazo. Acababa de recuperar lo que felizmente había creído por olvidado.

Un hechizo... Aquello debía haber sido obra de un embrujo... Tenía que haber sido hechizada y el culpable de mi embrujo no había sido otro que el mismísimo capitán Tsubasa, conocido exageradamente como el mejor jugador de Japón.

Furiosa conmigo misma, agarré con tremenda ira candente la pelota y la arrojé lejos de mi vista. Las profundidades del bosque la engulleron como si se tratase de un caramelo de fresa.

- Yo odio el fútbol - declaré con firmeza a pleno pulmón.

Y si lo odiaba ¿por qué diablos sentía un nudo en la boca de mi estómago aún mayor que en mi garganta?

## AÑO NUEVO

Nuestras Navidades eran, desde hacía cinco años, grises y solitarias. Nuestros deseos nunca se cumplían. No teníamos una chimenea ante la cual sentarnos y contar viejas y divertidas historias, sólo una antigua chatarra que simulaba desprender calor. Pero, sin embargo, aquella noche en vísperas



del año nuevo todo parecía diferente a como estábamos acostumbradas. Habíamos decidido por unanimidad intercambiar nuestros regalos en cuanto acabasen de sonar las doce campanadas, así empezáramos el nuevo año con una sonrisa y, quizás, hasta incluso con más suerte.

Nos encontrábamos sentadas alrededor de la mesa con tres velas encendidas dispuestas en el centro como única iluminación. Cada una de nosotras tenía una: la de Junko era rosa, la mía azul y la de mamá era blanca. Al alcance de nuestras manos se hallaban los platos de la cena que con tanto esmero había preparado mamá y detrás de nosotras los paquetes con los regalos que cada una habíamos hecho para las demás. Mamá había inventado esa tradición a seguir el día de Año Nuevo desde que nos abandonó papá.

Guardábamos silencio, como si ello fuera algo sagrado, por eso el ruido de la calle penetraba en la casa con más intensidad.

Observé de reojo a mamá. Rezaba. Yo también empecé a hacerlo.

"Por favor, concédenos nuestros deseos de una vez por todas. Dale buena salud a mamá y a Junko y a mí..."

DONG... DONG...

Las campanadas provenientes de los templos del barrio resonaron en mis oídos y no me dejaron continuar con mi ruego. A continuación, todo fueron risas y sonidos de papeles arrugados.

La primera en recibir fue mamá: un pequeño bote de cristal de colonia de jazmín de mi parte y un ramo de flores de papel hechas por Junko en el colegio. Mamá agradeció los regalos con los ojos a punto de soltar ríos de lágrimas. La siguiente fue Junko: un conjunto de bufanda, guantes y gorrito en color granate tejidos por mamá y la muñeca que siempre pedía cuando pasábamos por el escaparate de alguna juguetería. Finalmente, llegó mi turno. En mi cabeza no hacía más que repetirse con ansiedad la imagen de unos pendientes y un anillo, pero el paquete de mamá contenía tan sólo otro juego en blanco como el de Junko y el de mi hermanita una pulsera hecha con hebras de hilo de colorers.

- Me ha enseñado una niña de mi clase - me explicó con gran entusiasmo.

Traté de que no se nublase mi sonrisa, que mamá se diera cuenta que yo no estaba tan feliz como la pequeña Junko... Quizá fuese una egoísta, pero deseaba ponerme tan guapa como las chicas de mi clase. Como Ekyro y Tay quería tener unos pendientes que lanzasen destellos de diferentes colores y maquillarme tan bien como lo hacían ellas cuando salíamos los fines de semana a mirar tiendas. Me gustaría adornar mis dedos con anillos de todas las formas, comprarme ropa todos los fines de semana, lucir un sedoso y reluciente cabello... Quería ser una chica normal y corriente como todas las chicas del mundo. ¿Por qué no podía ser? ¿Por qué mi deseo no podía cumplirse?

Me removí en mi cama, a mi lado Junko dormía plácidamente abrazada a su muñeca nueva. La había llamado Yunya Blue, como la cantante juvenil que tanto le gustaba y que escuchaba en la radio. Todas nos habíamos aprendido sus canciones: "Quiero ser la luna y alumbrar tu sueño. Cierra los ojos, yo te haré ser feliz".

Me levanté y abrí un poco la puerta. Aún había luz, así que mamá todavía estaba despierta. La abrí un poco más, sin embargo, la cerré rápidamente al verla...

"¿Cómo puedes estar tan ciega, mamá!"

¿Por qué aún guardaba aquella camiseta con el número nueve? ¿Por qué aún lloraba sobre ella? Sabiendo que era... suya.